

VIÉNDOLAS PASAR
José A. Ponte Far

La literatura como defensa

CONVERSAMOS más de una hora y no sé aún a qué se dedica. Algo de importación de maderas exóticas de países emergentes africanos. Da igual. Ni yo puse interés en saberlo ni él en explicármelo. A los dos nos interesaba mucho más hablar de tantos años sin noticias uno del otro, un tiempo enorme sin habernos visto. En concreto, desde el colegio, en el que convivíamos con otros quinientos chavales en un régimen de dureza difícilmente concebible hoy. Era una vida muy dura, que empezaba brusca y friamente con un timbrado enorme a las siete de la mañana. A este amigo, rescatado hoy de un olvido de años, le costaba aquello especialmente. Sufrió más que otros el rigor de una disciplina exagerada porque era un niño más dado a la fantasía y al ensañamiento que a la rigidez de unas normas espartanas. Pudo sobrellevar aquella vida cuartelaria gracias a su fuerza imaginativa. Eso lo salvó de perder su natural alegría y optimismo. Fue el suyo el primer caso en el que comprobé la eficacia de la literatura.

Este amigo del colegio, perdidos todos en el laberinto de la adolescencia, resistió la atonía diaria con un recurso espectacular que solo conocíamos dos o tres compañeros. En el recreo de después de comer, mientras los demás íbamos a jugar al fútbol los días buenos y a la sala de juegos los de mal tiempo, él se iba al salón de estudios, cogía un atlas viejo que guardaba en el pupitre y abría, al lado, un cuaderno en el que llevaba un diario. Con los ojos cerrados, abría el atlas por donde cuadrara, y ponía encima de la hoja abierta la punta del lápiz. Podía coincidir sobre cualquier país del mundo, un gran desierto o en el medio de un océano. Daba igual. Abría los ojos, comprobaba el sitio en el que estaba y hasta allí se transportaba mentalmente en cuestión de segundos. Abría el cuaderno-diario por el día correspondiente, se hacía con la nueva situación geográfica y empezaba a escribir algo así: «Hoy, 18 de febrero, las circunstancias nos son adversas. El navío que capitaneo está en serios apuros. Por un lado, las olas de diez metros que amenazan tragarnos. Por otra, un bajel pirata que se asoma por el horizonte con muy malas intenciones». Y seguía contando cómo luchaba, casi siempre él solo, con el mar y con los piratas. Otro día tocaba Rusia, y hablaba de cosacos y de caballos, de nieve y estepas. Nunca faltaban países extraños, con reyes que se rendían a su audacia y princesas a las que salvaba con su espada. Un fenómeno de imaginación y creó que hasta de no mala literatura.

Todo esto lo pensé después de despedirnos. Ni tuve tiempo de decirle que él y su fantasía iban a ser el tema de este artículo.

EL DECAMERÓN DE LA ESPAÑA NEGRA

ACANTILADO PUBLICA LA QUE PODRÍA SER LA VERSIÓN DEFINITIVA DE «MANUSCRITO ENCONTRADO EN ZARAGOZA», UN GRAN LOGRO TRATÁNDOSE DE TAN COMPLEJA NOVELA

Nada es sencillo cuando se trata de *Manuscrito encontrado en Zaragoza*. Si la narración en sí es laberíntica mucho más lo es su propia historia. El hallazgo de un manuscrito en una casa abandonada por un oficial del ejército francés tras la toma de Zaragoza por las tropas napoleónicas —recurso ficcional que pone en marcha el relato— es un juego de niños comparado con los dos siglos de ir y venir de los distintos manuscritos de la novela del conde polaco Jan Potocki (1761-1815) hasta dar en el texto que ahora presenta la editorial barcelonesa Acantilado. Esta, que podrá tomarse por la versión definitiva de la obra, vertida de la edición que presentaron los estudiosos François Rosset y Dominique Triaire en el año 2006, no está a salvo de que en el futuro haya que celebrar nuevos hallazgos.

Y es que para ser una novela prácticamente inexistente, de cuyo texto *completo* no se tuvo noticia hasta que en 1989 el editor parisino José Corti publicó la reconstrucción del original francés realizada por René Radrizzani —cuadruplicaba las dimensiones de la establecida por Roger Caillou, considerada entonces todo un clásico—, existían en español tres versiones mucho más que aceptables basadas fundamentalmente en el trabajo de Radrizzani: la de los profesores Amalia Álvarez y Francisco Javier Muñoz para Palas Atenea (1990), la de Mauro Armijo para Valdemar (1997) y la del polígrafo argentino César Aira para Pre-Textos (2001).

Lo que ahora ofrece Acantilado es una erudita y trabajada reconstrucción confeccionada sobre la versión de 1810, y que toma en consideración no solo el manuscrito de Madrid sino también los de Cracovia y Poznan, y el de la colección de los señores Marek Potocki, además de los textos desajados del cuerpo principal *Avadoro, historia española y Diez jornadas de la vida de Alfonso van Worden*. Más allá de desentrañar o no esta ardua labor rehabilitadora —asunto para expertos—, el resultado obtenido no complica o vuelve más artificiosa la narración para el lector —todavía verdadero destinatario—, que sigue siendo de estructura complejísima y un tanto irregular, debido a ese encadenamiento de relatos, que se interrumpen y se retoman con una naturalidad que deben a su carácter oral y al ritmo que marca la propia aventura del protagonista, el joven oficial de la guardia valona Alfonso van Worden.

Vagamente organizado en decamerones y jornadas, al modo de las muñecas rusas, que se encastran unas en otras, el relato reparte juego a los distintos personajes, que cuentan su historia, a medida que afloran en la novela o cuando son invitados a hacerlo por otros. De la



Fotograma de la adaptación de «Manuscrito encontrado en Zaragoza» realizada en 1964 por el prestigioso cineasta polaco Wojciech Jerzy Has, un filme de tres horas que Coppola y Scorsese recuperaron y reestrenaron en 1997. En la escena, Zbigniew Cybulski, que interpretó al protagonista —el oficial valón Alfonso van Worden—, e Iga Cembrzynska, como princesa Emina

misma manera, son interrumpidos por las necesidades de la acción, por algo casual o por un tercero que consigue imponer su voz. En cualquier momento, y de forma a veces igualmente abrupta, el narrador o narradores recuperan el hilo donde lo habían dejado.

A pesar de la condición ilustrada de Potocki —viajero de exquisita formación intelectual y cultura multidisciplinar—, este recurre a un formato narrativo de inclinación arcaizante. La misma aureola orientalizante que ilumina el espíritu de la historia —en su gusto por lo exótico y lo romántico— se refleja en las formas narrativas, exuberantes, en un modo que evoca *Las mil y una noches*, *El Decamerón*, *Los cuentos de Canterbury* o incluso el *Quijote*.

DE SIERRA MORENA A MADRID

En cualquier caso, Potocki conoce España, y más allá de los tópicos regionalistas, libresco, construye —en el periplo del gentilhombre Van Worden entre Sierra Morena y Madrid— una novela que da cuenta de aquel país de leyenda negra, de tintes fantásticos, donde pesan notablemente aspectos como la Inquisición, la brujería, la religión, la superchería, el pasado musulmán y también el judío, un mundo mágico donde lo dudoso va ligado en muchas ocasiones a la presencia gitana —eso sí, con un respeto total a su idiosincrasia— y en el que no chirrían ni siquiera los muertos vivientes, los fantasmas, los endemoniados y hasta el mismísimo súcubo en persona.

Todo ello se presenta aderezado con un cierta distancia irónica, un sutil sentido del humor que suaviza la negrura, así como por la visión cosmopolita y abierta



NOVELA

«Manuscrito encontrado en Zaragoza»

Jan Potocki. Edición de François Rosset y Dominique Triaire. Traducción de José Ramón Monreal. Acantilado. 797 págs. 35 euros. ***



ENSAYO

«El manuscrito encontrado en Zaragoza»

Diego Moldes. Calamar Ediciones. 127 págs. 15 euros. **

del viajero: Potocki fue un consumado e incansable explorador de territorios en África, Asia y Europa, no solo como turista sino como estudioso de la historia y la antropología. Quizá solo estropee este magnífico conjunto —en los universos inaugurales del terror gótico— su querencia por explicar y justificar lo explicable e injustificable, por imponer el yugo de la razón en sus riquísimas e imaginativas edificaciones mentales.

Hoy las referencias literarias llevan al lector a Cazotte, E.T.A. Hoffman y otros pioneros de lo fantástico en la literatura, pero la ambición del proyecto —al que el conde polaco dedicó buena parte de su vida entre 1796 y 1810 (se suicidó solo cinco años después)— no tiene igual en el género. Además del precioso valor del condimento erótico, propio del Romanticismo, nadie como el volteriano Potocki puso tanto empeño en cuajar la solidez del fundamento histórico y cultural de su obra, que en realidad era un viaje, aunque alocado, en busca de respuestas.

El *Manuscrito encontrado en Zaragoza* enseguida se convirtió en un texto mítico, un espacio de peregrinación intelectual y lectora. En 1964 se estrenó la versión cinematográfica realizada por el director polaco Wojciech Jerzy Has, que también se constituyó en obra de culto —Luis Buñuel, entre sus adeptos— y que ahora analiza el quionista y estudioso pontevedrés Diego Moldes en un hermoso libro que publica Calamar Ediciones. Como la novela, el filme —recuperado y reestrenado en 1997 por Coppola y Scorsese— es un canto a la diversidad de Europa, y de lo humano en general.

Héctor J. Porto